

Pablo Schostakovsky

Los grandes poetas desconocidos en el occidente

Lérmontov, heredero de Púshkin.—Entre los herederos de Púshkin en el dominio de la poesía rusa el primero en fecha y, tal vez en talento, fué Lérmontov. Pero, ¡qué desgracia más grande para las musas rusas! Púshkin fué muerto en duelo a los 37 años, en pleno desarrollo de su genio prodigioso; Lérmontov murió también en duelo y a los 27 años, cuando su estrella se remontaba en el cielo de las letras.

En su carrera literaria hay algo que llama la atención. Lérmontov empezó a escribir versos a los 14 años, cuando era todavía alumno del Pensionado de Hidalgos; tenía veintitrés al momento de la muerte de Púshkin. El mismo día en que Púshkin cayó mortalmente herido, Lérmontov lanzó su provocación a «los verdugos de la gloria y de la libertad del poeta». Por su forma y contenido, por el fuego con qué está escrita, aquella poesía es una obra maestra. «Parece,—escribe un crítico de entonces,—que el nuevo talento salió del féretro de Púshkin, apenas lo clavarón». Todas las

obras escritas por Lérmontov después de la muerte de Púshkin figuran en crestomatías y florilegios; lo merecen por la belleza de su forma exterior, por la profundidad del pensamiento y la veracidad de las imágenes que evocan. Leyendo sus poesías en orden cronológico, la diferencia entre los dos períodos, anterior y posterior a la muerte de Púshkin, es asombrosa, inexplicable. La poesía que marca el lindero entre ambos períodos produjo una honda impresión en la sociedad petersburguesa: se copiaba, pasaba de mano a mano, el nombre del autor se hizo popular en pocos días. A. O. Smirnóva, amiga íntima y crítico de Púshkin y, al mismo tiempo, una de las mujeres más bonitas de su tiempo, afirma que, Nicolás I encontró que «aquellos versos eran lindos y expresaban la pura verdad; que por ellos solos se podía perdonar al poeta todas sus locuras».

Sin embargo, tres semanas después de la referencia lisonjera del Czar, se dió principio, por iniciativa del general Benkendórf, jefe de los gendarmes (policía política), a un expediente de instrucción judicial, caratulado: «De los versos imperdonables, escritos por el subteniente Lérmontov, del regimiento de los Húsares de la Guardia y de la difusión de éstos por el secretario de gobernación Raiévsky». Los culpables presentaron sus explicaciones; les juzgaron y, a pesar de la intervención de la abuela de Lérmontov y de varias personas influyentes, el poeta fué transferido con el mismo grado de subteniente al regimiento de Dragones

de Níyegorod, al Cáucaso, y Raiévsky desterrado a la gobernación de Olónetz.

Pero hay que explicar ¿quién era aquella abuela y cómo Lérmontov llegó a ser subteniente de los Húsares de la Guardia?

Datos biográficos: su espíritu de independencia y de revuelta: su fin precoz. — Miguel Yúrievich Lérmontov nació, como Púshkin, en Moscú, el 3 de octubre de 1814. Su padre era un hidalgo de poca importancia, pero su madre pertenecía a la poderosa y rica familia de los Arséniev. Lérmontov la perdió cuando tenía tres años, y de su educación se encargó su abuela materna. La vieja Arsénieva era una mujer inteligente, pero sumamente autoritaria; aborrecía a su yerno y adoraba a su hija. El amor que sentía por ella lo traspasó a su nieto. No se miraba en gastos para proporcionar al futuro poeta una instrucción esmerada y hacía venir a su hacienda Tarjány, en la gobernación de Pénza, a los profesores e institutores rusos y extranjeros. El chico, desde temprano, aprendió a manejar el francés, alemán e inglés, con bastante perfección para escribir más tarde versos en aquellos idiomas.

La lucha que se desarrollaba entre su padre y su abuela, que lo querían cada uno para sí, y la atmósfera pesada, inherente a la vida de grandes señores en medio de sus siervos, dejaron una huella inevitable en el carácter del niño que tomó un pliegue trágico, rebelde y autoritario a la vez, con rasgos de

exaltación y amor propio enfermizo. Las imágenes heroicas o poéticas, que desde su niñez le pintaba su imaginación, nunca llevaron la impronta de alegría y satisfacción, sino de pesimismo y amargura.

A los trece años, la abuela le hizo entrar en el Pensionado de Hidalgos de Moscú, célebre por su tradición literaria. Pero, al contacto con sus nuevos compañeros, el carácter de Lérmentov se reveló sumamente solitario, orgulloso y malo; sus pinchazos e insolencias le apartaron de los demás alumnos.

En Moscú vivía entonces la familia de Lopujín, de un pariente suyo; Lérmentov se enamoró de la hija menor, de Várenka. Era una muchacha también exaltada, de inclinación poética, y Lérmentov conservó para ella un sentimiento tierno hasta su muerte; decía que Várenka era «una pálida aparición de sus mejores tiempos»... Más tarde, la cruel, casándose con otro, asestó a Lérmentov un golpe sentimental tremendo, y el poeta, quemado por la desilusión y los celos, sentía para ella, durante cierto tiempo un verdadero odio. Sus sinsabores amorosos se reflejaron como siempre en sus poesías. Era tanto más sincero cuanto que Lérmentov no se hacía ilusiones sobre su propia presencia: era chico, torpe, caminaba como si fuera pateta, tenía ojos rojos, bien que expresivos e inteligentes, una nariz chata y, además, una sonrisa llena de burla y de veneno.

En 1830 Lérmentov entró en la Universidad de Moscú. En aquellos tiempos la instrucción universitaria dejaba mucho que desear. La comunión de los es-

tudiantes era un factor de progreso y de desarrollo intelectual mucho más eficaz que la ciencia oficial. La juventud formaba varios círculos, entre los cuales gozaban de gran fama, el círculo literario del futuro crítico Biélinisky, el círculo filosófico de Stankévich y el círculo liberal de Herten, que empezaba ya su propaganda de ideas avanzadas. Pero Lérmontov no se juntó con nadie; se mantenía alejado de todos, leía, faltaba a las lecciones, maltrataba a los estudiantes y despreciaba a los profesores. Sin embargo, cuando en la Universidad sucedía alguna algarada, Lérmontov se juntaba a la masa de los estudiantes, sea cual fuese el peligro que ellos corrían.

Su conducta le valió un fracaso en los exámenes y la proposición de repetir el primer año. Lérmontov se ofendió, abandonó la Universidad y entró en la Escuela Militar de Caballería, contrariamente a la voluntad de su abuela que se moría de susto pensando en los peligros que le esperaban.

Dos años de permanencia en aquel plantel de educación militar, en San Petersburgo, cambiaron muchas cosas en la vida personal de Lérmontov, «Yo vivía para la carrera literaria—escribe él a Várenka Lopujina—hice tantos sacrificios para mi ídolo malagradecido, y ahora, soy soldado». Lérmontov quiere vencerla que tal es la voluntad de la providencia, que este es «el camino más corto hacia el primer fin»: la libertad, la independendencia...

Nuevamente Lérmontov está en medio de la juven-

tud, pero en un ambiente muy distinto, donde los intereses intelectuales no existen, donde las proezas físicas y las fiestas ocupan el primer lugar; pero, ahora, Lérmontov no huye sus nuevos compañeros como en la Universidad, y se conduce exactamente como ellos. Durante dos años su musa descansa. Más tarde el mismo Lérmontov llama aquella estancia en la escuela militar: «dos años terribles».

En fin, en 1834, Lérmontov es promovido a subteniente del regimiento de los Húsares de la Guardia. Su abuela lo equipa magníficamente; orgullosa de verlo en la Guardia, le regala tres caballos, dos cocheros, un cocinero y un ayuda de cámara, y le promete además una renta anual de mil rublos.

Su vida en el regimiento es la vida habitual de los jóvenes oficiales de la Guardia en que las fiestas, borracheras y aventuras amorosas se juntan en un simulacro de vida brillante. Esta vida lo atrae, pero no le engaña. Lérmontov escribe a su confidente, Várenka Lopujina: «No sé lo que va a ser de mí dentro de un año. Hasta hoy en día mi vida era una serie de desilusiones. No hice sino probar los encantos de la vida y sin gozar de ellos, me siento ya saciado».

Pasan dos años. La impresión que le deja la muerte de Púshkin y su propio destierro al Cáucaso, dan un impulso nuevo a su genio poético; cuando su abuela logra, en fin, obtener de Nicolás I el perdón de su nieto. y éste vuelve a San Petersburgo, su talento está en pleno desarrollo. Ya es un poeta conocido que ha

sufrido persecuciones por sus versos, y la sociedad petersburguesa lo celebra unánimemente. «Las mujeres más bonitas—escribe siempre a la misma Várenka—me mendigan versos y se vanaglorian con ellos». I. S. Turguenev, que entonces le conoce, dice: «en el aspecto exterior del poeta había algo de maléfico y de trágico. Su faz tostada, sus ojos inmóviles y oscuros reflejaban una fuerza sombría y mala, reflejaban pasión y un desprecio encubierto». La vida en el gran mundo, que antes lo atraía, ahora lo aburre. El poeta empieza a quejarse, a buscar posibilidades de volver al Cáucaso o conseguir un permiso. Un duelo oportuno con el hijo del embajador de Francia soluciona el problema del cambio anhelado. Lérmonov es nuevamente desterrado al Cáucaso con el grado de subteniente de un regimiento de línea. Para comprender la importancia del castigo hay que tener presente que la Guardia tenía entonces dos grados de preferencia sobre las tropas de línea y la posición social de su cuerpo de oficiales era incomparablemente superior a la de sus colegas del ejército de línea.

Antes de su salida de San Petersburgo, y mientras se informaba su caso, Lérmonov pasó dos meses arrestado en un cuerpo de guardia. Allí lo visitó el famoso crítico Biélsky: «Hace poco—escribió éste a un amigo—visité a Lérmonov en su prisión y, por primera vez, hablamos a corazón abierto. Es un espíritu profundo y poderoso. ¡Qué punto de vista más acertado en cuanto al arte, que gusto más profundo y di-

recto de lo elegante! ¡Oh! Lérmonov será un poeta ruso del tamaño de Iván el Grande (1). Una naturaleza maravillosa. Venera a Púshkin y más que todo quiere a Oniéguin (2). Insulta a las mujeres y sólo a ellas ve en la vida. Es el modo de mirar de Oniéguin exactamente. Pechórin (3) es el mismo, tal cual... Yo me siento ante él tímido; me aplastan aquellas naturalezas tan íntegras...». Y luego Biélinisky anota algo que parece contradictorio hasta lo inexplicable: «En la manera de Lérmontov de mirar la vida y los hombres, tan razonada, fría y severa, yacen los gérmenes de una profunda fe en el valor de una y otros».

Camino al Cáucaso, Lérmontov pasó un mes en Moscú, donde conoció a varios escritores y eslavófilos. Uno de ellos, Samárin, dió a conocer un rasgo interesante de Lérmontov: «Es una naturaleza artística, rebelde a cualquiera influencia exterior, que no se deja aprender. Apenas uno empieza a hablarle, ya está descifrado. Nota todo. Aquel hombre nunca escucha lo que uno le cuenta; escucha y observa al hombre que le habla; y después que le ha comprendido, su interlocutor deviene para él algo de completamente exterior, que no tiene ningún derecho a cambiar la menor cosa en su vida».

En el Cáucaso a Lérmontov le tocó participar en

(1) El campanario más alto de Kremlin.

(2) El personaje principal del poema *Eugenio Oniégnin*. de Pushkin.

(3) El personaje principal de la novela *Un héroe de nuestro tiempo* de Lérmontov.

varias batallas con los circasianos; se condujo con un valor rayano en la temeridad y obtuvo como recompensa un sable de honor, «el sable de oro» que, al igual que la Cruz de San Jorge constituye la mayor recompensa del valor guerrero.

Uno de sus amigos que le conoció en aquellos tiempos, dejó sobre él una nota curiosa: «Era difícil comprender la naturaleza de Lérmontov. En el círculo de sus camaradas, oficiales de la Guardia, estaba siempre alegre, le gustaban los chistes, pero sus bromas eran a menudo sarcasmos acertados y malos... Cuando quedaba solo o con gente que le gustaba, su rostro tomaba una expresión extraordinariamente expresiva, seria y aun triste; mas, apenas aparecía un solo oficial de la Guardia, Lérmontov en seguida volvía a su alegría banal, como si hubiera querido lucir el vacío de la vida mundana petersburguesa, que despreciaba profundamente. En aquellos momentos era difícil de adivinar lo que pasaba en lo profundo de su gran alma».

Un día en Piatigórak, estación balnearia del Cáucaso y lugar predilecto de reuniones de la alta sociedad, durante una velada en casa de la familia Versílin, Lérmontov, como siempre, lanzaba agudezas. Un cierto Martynov, su camarada de Escuela Militar y aun su amigo íntimo se ofendió de un chiste bastante inofensivo. Martynov llevaba el uniforme de los cosacos del Cáucaso, que imitaba la vestimenta de los circasianos, y Lérmontov se permitió decir: «Montagnard au grand poignard». Aquella sutileza le costó la vida.

Dos días más tarde, el 15 de julio de 1841, fué muerto en duelo por una bala que le atravesó el corazón y los pulmones. Uno de los testigos, el kniaz Vasilchikov, cuenta:

«Medimos con Gliébov (otro testigo) los treinta pasos. Después de colocar a los adversarios, cargamos las pistolas y mandamos: ¡Adelante! Lérmontov permaneció inmóvil, armó el gatillo y levantó la pistola, cañón hacia arriba, cubriéndose con la mano y el codo según las reglas de un duelista perfecto. En este momento le miré por última vez y nunca olvidaré aquella expresión serena, casi alegre, que animaba el rostro del poeta ante el cañón de la pistola ya asestada contra él. Martynov se acercó rápidamente a la meta y disparó, Lérmontov cayó segado, sin un movimiento, sin apretar, como lo hacen los heridos, el punto tocado. Corrimos hacia él. En su costado derecho humeaba la herida, del costado izquierdo goteaba la sangre . . . »

Los médicos, por temor a responsabilidades, se negaron a asistirlo; y lo mismo los clérigos . . . Sólo se emocionó la naturaleza, que Lérmontov había cantado en sus poesías: una nube negra que subía en el horizonte se descargó con una tempestad estrepitosa y los truenos, rodando a través del cielo, cantaron al difunto el *De profundis* . . .

En el verano del año 1842, el cuerpo de Lérmontov fué transportado a Tarjany, a la hacienda de su abuela, y enterrado en la capilla familiar.

El Demonio. —La obra principal de Lérmon-tov, la que ocupa en su vida el mismo lugar que Eugenio Onieguin en la vida de Púshkin, es el Demonio. El poeta lo empezó en 1829, cuando era todavía alumno del Pensionado de Hidalgos, y trabajó en aquel poema hasta su muerte. Se conocen cinco variantes del Demonio y si Lérmon-tov hubiera vivido más tiempo, es muy probable que a las cinco primeras se hubiesen agregado otras variantes más. Es que el tema y los tipos de los personajes que actúan presentan dificultades insalvables. No obstante, el poema tiene grandes méritos poéticos. Los versos llegan a una fuerza de expresión y plasticidad incomparables; suenan como música; los cuadros del Cáucaso están pintados maestramente; ciertas escenas respiran un dramatismo que conmueve, pero el mismo Lérmon-tov se daba cuenta de lo obscuro y vago del personaje central, es decir, del Demonio, y la obra salió a luz muchos años después de su muerte.

Es interesante de anotar que, de acuerdo con el primer esbozo, la acción tenía que desarrollarse en España y su heroína era una monja española. Sólo después de su permanencia en el Cáucaso, Lérmon-tov transfirió el lugar de la acción a Georgia y fijó como base de una nueva versión la leyenda causasiana que atribuía a una monja el propósito de hacer volver al bien el espíritu maligno por la fuerza de su amor.

CanCIÓN sobre el Czar Iván Vaslie-

vich.—Una independencia artística absoluta y, junto con ella, una capacidad extraordinaria de creación en el verdadero espíritu popular, son demostrados por Lermontov en su Canción sobre el czar Iván Vasílievich, el joven opríchnik y el atrevido mercader Kaláshnikov». El czar Iván Vasílievich es Iván el Terrible, el «opríchnik» es un miliciano de la «opríchnina», cuerpo de guardia personal, creado por el Terrible para librar a Rusia de las últimas huellas del feudalismo. La palabra «opríchnina» deriva de «oprích», quiere decir, aparte; aparte de los demás.

Mientras que en la mayoría de las obras de Lermontov se nota la influencia de Byron, de la cual el poeta no pudo nunca liberarse, en la «Canción» aludida se advierte una independencia absoluta y, junto con ella, una originalidad de creación asombrosa, relevada por un remate artístico incomparable. Es un poema más bien corto, pero, a pesar de su tamaño restringido, un intenso drama se desarrolla en sus estrofas. La rapidez de la acción que se precipita como una fatalidad inevitable, y la brevedad del relato, aumentan aún la impresión trágica; bien que la «Canción» conserva el tono épicamente tranquilo, tan propio de la poesía popular.

El tema es dramático y sencillo. El joven opríchnik Kiribéevich, fuerte de su impunidad, persigue en la calle a la mujer del mercader Kaláshnikov. El marido ofendido aprovecha un concurso popular de lucha.

dores a puño limpio, presidido por el czar en la Plaza Roja, para aceptar la provocación de Kiribéevich, que otros luchadores rehuyen por temer su fuerza física. En el combate, Kaléshnikov mata a su ofensor de un puñetazo, no sin darle una lección de no correr tras mujeres ajenas. Con eso su intención está descubierta, y el czar dicta su fallo: para recompensar el valor descomunal que Kaláshnikov manifestó, su familia tendrá el derecho de mercar a través de la Rusia entera sin pagar impuestos; en cuanto a él, por haber muerto intencionalmente al opríchnik favorito del czar, va a ser degollado. Pero, Iván Vasílievich le consuela usando una ironía benigna: para probarle que él también cayó en gracia de su czar, ordena que el hacha esté bien afilada; que el verdugo sea vestido de fiesta; que toquen la gran campana, para que la gente moscovita aprenda que Kaláshnikov está en la gracia del czar.

Después de haber descrito su ejecución y su tumba anónima tras el río Moscú, entre tres caminos, el poeta busca una salida, una reconciliación: Delante la tumba, dice:

«Pasa gente buena:
Pase un viejo persignándose,
pase un joven alentándose,
pase una moza entristeciéndose,
pasen bandurristas, canten la canción».

Un héroe de nuestro tiempo. — La novela *Un héroe de nuestro tiempo* es la única obra de Lermontov escrita en prosa; al mismo tiempo es su obra más madura y rematada. El interés principal de la novela está en el estudio psicológico y se concentra en la característica y en el análisis del personaje central, de Pechorin. Por muchos rasgos, propios de Lermontov, es un retrato autobiográfico. Su particularidad más grande consiste en el desarrollo desproporcionado de sus capacidades espirituales: el intelecto y la voluntad predominan sobre el sentimiento en forma tal que el equilibrio espiritual está quebrantado, y Pechorin sufre y hace sufrir a los demás de su propio dualismo moral. Su intelecto escéptico, inclinado a notar en la vida sólo lo negativo, es el origen de una profunda desilusión, de la falta de fe en lo bueno y en los ideales humanos. Pechorin sufre por no poder tomar la vida como ella se presenta; y lo sobrante de la voluntad lo inclina a entrar en lucha con los que le rodean; le gusta crearse enemigos de adrede, ya que la pelea le proporciona un simulacro de actividad. El exceso de voluntad se nota también en el deseo de quebrantar el orgullo de la princesa Mary, de arrancarle una confesión; es una especie de ambición que en el fondo deriva del deseo de subordinar a su voluntad todo lo que le rodea.

La poesía popular de Koltzov. — Sólo cuatro años, de 1837 a 1841, las letras rusas apro-

vecharon el florecimiento de la poesía tan fina y subjetiva de Lérmontov; y, antes de que se acabara el duelo motivado por su muerte, la Providencia le quitó otro poeta, contemporáneo de Lérmontov y casi su igual en edad, a Alejo Vasílievich Koltzov (1808-1842). Fué ruso y fué poeta. En esto acaba todo su parecido con Lérmontov, pues pertenecían a los dos extremos de la escala social rusa y aun en la poesía tomaron rumbos distintos.

Koltzov nació en Voronesh, en una familia de «mestcháne», es decir, pertenecía a una clase social que se elevaba sólo de un grado sobre los siervos de gleba. Su padre, un «prásol», mercader dedicado a la compra-venta del ganado, a pesar de su relativo bienestar material, era un hombre absolutamente inculto, como toda su familia. En su casa reinaba el espíritu arcaico de la Rusia moscovita de antaño. Los intereses intelectuales le eran a tal punto ajenos que, más tarde, el viejo Koltzov solía decir que los libros habían echado a perder a su hijo. Lo sacó de la escuela primaria después del segundo año, considerando que, para las necesidades de la vida, su hijo era ya bastante instruído y, sin más tardar, le inició en su negocio.

Las actividades comerciales del joven Koltzov le ponían en contacto con la gente y naturaleza rusas, con la estepa y la vida campesina, y su alma desde temprano empezó a entregarse a las impresiones poéticas, mientras, siendo muchacho, pernoctaba con las mandas de su padre en medio de la estepa, bajo el cielo

estrellado. Su curiosidad natural pedía alimento intelectual, pero le era difícil satisfacer aquel anhelo en medio de un ambiente rudimentario; sus lecturas eran desordenadas, casuales... Un día le cayó en manos una selección de versos de no sé qué poeta, y Koltzón sintió una afinidad tan grande para la poesía que, poco a poco, logró leer a todos los poetas rusos. Y luego, sin tener la menor idea de las reglas de versificación y escasas nociones de gramática rusa, empezó a componer versos.

Tenía 22 años cuando los negocios de su padre lo llevaron a Moscú, donde conoció a Stankévich, cabeza del círculo filosófico de la Universidad, el cual se dió cuenta en seguida del valor de sus poesías y hizo imprimir, en 1835, una selección de dieciocho composiciones escogidas. El éxito fué notable y, el año siguiente, Koltzón pasó varios meses en Moscú y San Petersburgo, donde conoció a la mayoría de los literatos contemporáneos, entre otros a Púshkin. Pero, su mayor amistad fué con el crítico Biélinisky que tuvo una gran influencia sobre la continuación de su labor literaria.

El contacto con los círculos intelectuales hizo para Koltzón insoportable el ambiente de su propia familia: «que estrecho es mi círculo, que sucio mi mundo, que amarga mi vida, no sé como no me he perdido todavía»,—se lamenta él en una de sus cartas. A los padecimientos morales y, tal vez, provocada por ellos, se

agregó una enfermedad que le llevó a la tumba a los 34 años de edad.

La gloria de Koltzów reside en la creación de las canciones populares artísticas. Varios poetas se habían esforzado anteriormente en escribir en el espíritu popular, y muchas de las canciones creadas tuvieron un éxito notable por sus calidades poéticas y su semejanza con la poesía popular, pero en todas ellas se nota la imitación, la aproximación, mientras que Koltzów, saliendo del bajo pueblo, pudo, mucho mejor que los poetas de las clases superiores, traducir el modo de ser, los sentimientos y los anhelos del pueblo. Por eso su poesía, como forma y contenido, luce el espíritu puramente popular, los temas y los giros son los de las canciones populares, la diferencia está sólo en el grado de perfección artística, alcanzado por Koltzów. Su poesía refleja la vida del campesino ruso con sus alternativas de labor y descanso, de penas y alegrías, en toda su simplicidad diaria, sin la menor idealización, ni el sentimiento falso y dulzón, con que los poetas de la época de Karamzín representaban a los campesinos. En el sentido de la veracidad, las canciones de Koltzów conservan el espíritu de realismo que compenetra la nueva poesía rusa de Pushkin.

Como tendencia general, Koltzów prefiere cantar lo que hay de agradable, de luminoso en la vida del pueblo; muchos aspectos sombríos, negativos de la vida popular, el derecho de servidumbre, por ejemplo, apenas se notan en sus canciones. Es la poesía de la vida

campesina, la poesía del trabajo campestre. Junto con un amor profundo para aquella vida sencilla, su simpatía va hacia la gente que no se deja vencer por las adversidades de la vida. El optimismo, el valor y la alegría de vivir suenan con tanta fuerza en sus versos que éstos piden ser declamados o aun cantados.

El grupo de poeta de poesía pura.—Con Púshkin y Lérmontov la poesía rusa alcanzó su pleno desarrollo, y con Koltzón, la canción popular dió la medida de su valor artístico. Las generaciones posteriores de poetas rusos se educaron sobre las muestras dejadas por ellos, y pueden ser clasificados en dos grandes categorías: los poetas de la poesía pura, el grupo al cual pertenecen Tiútchev, Fet, Máikov, Polónsky y el conde Alejo Tolstoy; y los poetas del llanto social, entre los cuales los más notables fueron Negrásov, Nikítin y Plestchév.

Tiútchev (1803-1873).—Fiédor Ivánovich Tiútchev es el representante más caracterizado del primer grupo. Es uno de los más grandes poetas rusos, a pesar de que, durante su larga vida, escribió muy poco. Hombre de gran ingenio y cultura, diplomático y espíritu fino, su talento es exclusivamente lírico. Sin embargo su gran particularidad consta en la predominancia del pensamiento sobre el sentimiento; es un poeta pensador, que expresa ideas abstractas en imágenes vivas y artísticas, lo que les comunica una gran fuerza y expresión. Tiútchev trata a la naturaleza como a un organismo íntegro y lleno de una vida mis-

teriosa. Hay gente para la cual la naturaleza es muerta, que no la comprende . . . pero, en realidad, entre ella y el hombre existe un lazo orgánico directo. Esta sensación permite al poeta representar la vida con un arte raro, con sencillez y veracidad, sin un énfasis falso. Pinta también admirablemente las disposiciones de ánimo que los fenómenos de la naturaleza provocan en el alma humana. Van aun más lejos: busca a penetrar en la esencia misma de la naturaleza, conocer su fundamento misterioso. En ciertos momentos de penetración visionaria, se le descubre aquel fondo primordial de la creación en la forma de un caos ilimitado y salvaje, en la forma de un abismo anónimo. El cosmo metódico y bello, que forma el mundo exterior, es nada más que un velo bordado de oro que esconde el abismo misterioso. Las fuerzas desconocidas que forman la base de la creación universal se manifiestan con una lucidez particular en ciertas noches del estío, cuando la naturaleza, cansada por el calor del día, se entrega al sueño flojo y pesado, cuando en todas partes reinan las tinieblas y un silencio taciturno, y sólo en la bóveda sombría del cielo los rayos de fuego centellean como si algunos demonios sordomudos cambian señales. Entonces en el alma humana se despierta una vaga angustia, unos sentimientos salvajes, imprecisos y tormentosos bajo los cuales se mueve el caos . . . Las fuerzas tenebrosas del alma humana se manifiestan también en los momentos en que las pasiones hacen callar la voz de la razón y de la conciencia, y el hombre pierde el con-

trol de sí mismo. Este triunfo de las pasiones está a el origen de padecimientos del hombre y de sus próximos . . . (4)

Una de sus poesías más profundas de Tiútchev es *Silentium*, en que el poeta habla de la impotencia fatal de la palabra para expresar de modo adecuado un pensamiento o sentimiento vivo con todos sus matices individuales.

Por sus ideas políticas, Tiútchev simpatizaban con los eslavófilos, bien que su credo político-histórico se formó independientemente de cualquiera doctrina. Profesaba una fe profunda en las fuerzas morales del pueblo ruso y en la gran misión que lo espera. Este pensamiento lo expresó con fuerza particular en una poesía en que cuenta como Cristo anduvo y desanduvo por la tierra rusa bendiciéndola.

Fet (1820-1892).—Afanásy Afanásievich Fet (Shenshín), al igual de Tiútchev, es un poeta exclusivamente lírico. Su poesía lúcida, viva, está llena de frescura juvenil y de sentimiento. La belleza la poesía y la alegría de vivir forman la fuente de su inspiración. Enamorado como artista de la belleza de la vida, Fet sabe encontrarla en todas las manifestaciones de la vida real, aun en las más ordinarias. La esencia de su poesía está en la plenitud de sensaciones del mo-

(4) La capacidad visionaria de Tiútchev; su visión del caos cósmico fué aclarada brillantemente por el filósofo Vladimir Soloviév (1853-1900) en su artículo sobre este poeta.

mento actual, corriente. Los críticos lo llaman «poeta del momento». Fet, como nadie, sabe fijar las sensaciones momentáneas, vagas, que no pueden cogerse, que se suceden en el alma humana sin precisarse claramente en la conciencia. Por eso su poesía está siempre en el lindero de lo que puede expresarse, de lo que escapa al análisis lógico. La expresividad de su poesía se debe a la música interior de su verbo. No en vano él mismo dió el título de *Melodías* a una colección de sus versos. La mayoría de ellos fué puesta en música por los grandes compositores rusos.

Los dos motivos principales que inspira a Fet son el amor y la naturaleza, expresadas con sinceridad y veracidad. El autor carece de visiones místicas y considera todas las manifestaciones de la naturaleza como artista y no como pensador. Su perspicacia artística y su corazón de patriota, supieron adivinar la belleza oculta del paisaje de su patria. El invierno ruso con sus nieves, los abedules tristes, salpicados de escarcha, con la carrera solitaria de los trineos en el campo liso, la primavera nórdica con sus desbordamientos de las aguas, con su aire embalsamado y angustia imprecisa, las noches estías cuando madura el centeno y el viento acaricia las cimas de los árboles, encontraron en sus versos un reflejo bello e inspirado. Precisamente en esta belleza derramada a través del mundo, Fet ve la justificación de todos los males y padecimientos que están ligados insolublemente a la existencia humana.

Máikov (1821-1897). — Apolón Nikoláevich Máikov pertenece a una familia extraordinariamente dotada y culta. Su padre era un conocido pintor; uno de sus hermanos, Valerián, crítico literario talentoso; otro, Leonidas, profesor de literatura y académico. El rasgo peculiar de su vocación es la plásticidad y lo pintoresco de sus versos. Si la poesía de Fet linda con la música, la de Máikov tiene un gran parentesco con las artes plásticas. Dos de sus colecciones llevan por títulos «Camaféos» y «Acuarelas». Su musa ignora arrastros apasionados y tempestuosos, penetraciones vagas en el dominio de lo desconocido, rasgos de romanticismo. El equilibrio tranquilo, el anhelo fino y artístico de gozar de la vida, de la naturaleza, del arte, son sus rasgos peculiares en el primer período de su carrera poética. La excitación patriótica, provocada por la Guerra de Crimea (1855-1856) y los acontecimientos que la siguieron, encienden en su alma, con una fuerza descomunal, el amor para su patria, que se expresa en una serie de bellísimas poesías. La abolición del derecho de servidumbre, que abre al pueblo el camino del libre desarrollo, encuentra otro reflejo grato en el alma del poeta; en fin, hacia el séptimo decenio del siglo, su poesía toma un matiz religioso, y celebra los ideales cristianos.

Máikov no era únicamente un poeta lírico como Tiútchev y Fet; como artista plástico escribió varias baladas y poemas sobre temas históricos: El Concilio de Clermon, El fallo (sobre Juan

Huss), *Tres muertes y Dos mundos*. En el poema *Tres muertes* la acción se desarrolla en la época de Nerón; el autor pinta el rasgo común de los tres personajes que se preparan a morir—el joven poeta Lucano, el filósofo Séneca y el epicúreo Lucio—y que es el culto de la personalidad, de su propio «yo», expresión del individualismo extremo, al cual llegó el mundo antiguo en la época de su decadencia, cuando se aflojaron todos los lazos morales que unían a los hombres anteriormente. Aquel lazo moral renace con una fuerza nunca conocida en el cristianismo, cuyo choque con la ideología caduca está pintado magistralmente en el poema *Dos Mundos*.

Polónsky (1820 - 1898). — Iákov Petróvich Polónsky era ligado con Máikov y Fet por lazos de amistad personal, pero su poesía, de independencia rara, se destaca por muchos rasgos peculiares de las obras de sus amigos. Se destaca de la poesía de Fet por la amplitud y diversidad de su contenido. Bien que el amor y la naturaleza están representados en sus obras ampliamente, la comunidad humana con toda la variedad de sus relaciones parece más cara al poeta. Todas las manifestaciones de la vida personal, social e histórica encuentran un eco en sus poesías, son tratadas con ingenio, sinceridad y cordialidad profunda. Su poesía está en el lindero de la vida corriente: la naturaleza rusa y la vida rusa en sus detalles mínimos de su modo de ser cotidiano, se reflejan en la poesía de

Polónsky con mayor amplitud que en la de Fet y de Máikov, Como forma su musa es sumamente melódica. Además de versos, Polónsky escribió varias obras en prosa: novelas, relatos y cuentos. Entre sus poemas tuvo un éxito enorme *El grillo-músico*.

Conde Alejo Tolstoy: su trilogía dramática y su novela histórica.—Con el conde Alejo Tolstoy volvemos nuevamente a las capas más altas de la sociedad rusa, ya que el poeta era camarada de juegos infantiles del futuro czar Alejandro II, cuyo cariño y aprecio supo conservar durante toda su vida.

Nació en 1817 y se educó en la casa de su tío materno, Peróvsky, hombre influyente y escritor regular de la época de Púshkin. A la edad de diez años empiezan sus viajes continuos al extranjero. En compañía de su madre y de su tío, Tolstoy visitó Alemania y conservó durante toda su vida el recuerdo de su entrevista con Goethe. Una impresión aun más grande le produjeron las riquezas artísticas de Italia. El muchacho sentía todo el tiempo extasiado. Cuarenta años más tarde escribía a Angel de Gubernatis, autor del *Diccionario biográfico de escritores contemporáneos*:

«Hemos empezado por la Venecia, donde mi tío hizo adquisiciones notables en el viejo palacio de Grimani. Entre otras cosas compró un busto de fauno, atribuido a Miguel Angel, una de las mejores obras

del arte escultórico que conozco. Cuando aquel busto fué traído al hotel en que alojábamos, no me aparté más de él; un miedo absurdo atormentaba mi imaginación; me preguntaba ¿qué voy a hacer yo para salvar al fauno si en el hotel estalla un incendio?, y probaba a levantarlo para ver si podría, en aquella ocurrencia, llevarlo en mis manos».

Milán, Florencia, Roma y Nápoles aumentaron aún más su entusiasmo y la vuelta a Rusia fué para él un desastre:

«Yo caí en desesperación, durante el día no quería comer y en la noche lloraba, mientras los sueños me llevaban a mi paraíso perdido».

A pesar de los viajes, su instrucción hacía progresos rápidos y a los 18 años Tolstoy pasó los exámenes de grado en la Universidad de Moscú. En aquella época su imagen espiritual se formó definitivamente y, los que lo conocieron, hablan de él con un raro entusiasmo:

«Un alma tan limpia y clara, un corazón tan tierno y emotivo, un ideal moral tan alto y vigilante como poseía Tolstoy nunca en mi vida encontré en ningún hombre» —decía Mestchérsky. Aquella característica parece tanto más notable, cuanto que las condiciones de su vida no favorecían, de ningún modo, la formación ni la conservación de un espíritu sereno: único heredero de la fortuna inmensa de su tío Peróvsky, maestro de ceremonia de la Corte del Heredero (del futuro czar Alejandro II) y su amigo íntimo, que entraba en

sus aposentos sin hacerse anunciar; buen mozo; hombre de fuerza física descomunal; ídolo de las mujeres por razones obvias; invitado obligatorio en todas las manifestaciones de la vida mundana,—qué escollos más peligrosos para hacer naufragar una virtud, aun firme y comprobada. Su poesía y su pasión desenfrenada para la caza, sobre todo por la caza mayor, eran los únicos factores que se oponían a que la atmósfera disolvente de la vida cortesana le ahogara en medio de sus intrigas y pasatiempos, llenos de hipocresía, de envidia y de egoísmo feroz.

Felizmente para las letras rusas, los graves sucesos políticos, que Rusia vivió a mediados del siglo XIX, cambiaron el curso de su vida. La guerra de Crimea, desencadenando sobre Rusia una verdadera tempestad, tuvo el mérito de purificar la atmósfera político-social que reinaba en el país. Nicolás I murió en 1855, antes de que cayera Sebastopol. La voz popular asegura que su muerte fué un suicidio por haber fracasado su política interior y exterior y por estar convencido él de que sólo su heredero podía salvar la situación, haciendo la paz con los enemigos occidentales y realizando en el interior las reformas sociales inevitables y, entre éstas, en primer lugar, la liberación de los siervos de gleba.

Como sucede siempre con los talentos, un período de intensa vida pública despierta las dotes que dormitaban en el corazón. Bien que Tolstoy hizo ya anteriormente algunos tímidos ensayos de versificación, la

decisión de consagrarse definitivamente a la carrera de las letras fué tomada en aquel período bullicioso. Y fué así como Tolstoy, promovido a la dignidad de edecán de su amigo, Alejandro II, el día de la coronación de éste, le pidió liberarlo de tan insigne honor. El czar quedó desagradablemente sorprendido por la insistencia de su amigo, pero, finalmente, accedió a su demanda y aun no le quitó su amistad. Tolstoy pudo retirarse con el grado honorífico de Maestro de la Caza Imperial, que conservó hasta su muerte.

Las dificultades que tuvo que vencer para rechazar los honores con que su augusto amigo le llenaba, tuvieron un eco en su poesía *San Juan Damasceno*, en la cual el santo dirige al califo de Damasco una cálida súplica para que le permita abandonar los honores de la corte y cantar a Dios en plena libertad. Alejo Tolstoy también cantó a Dios y a su creación, cantó con una independencia y elevación notable, ya que su rasgo sobresaliente fué una repugnancia indignada hacia la arbitrariedad; pero, al mismo tiempo, castigaba lo que llamaba el pseudo-liberalismo que busca realizar la igualdad rebajando lo elevado, en vez de levantar lo bajo. «Supongo—escribía en su confesión autobiográfica—que aquella repugnancia doble es, en el fondo, el mismo sentimiento de odio para la arbitrariedad, sea cual fuese la forma en que ésta se manifiesta . . . »

En la confesión citada, habla muy poco de sus poesías, a pesar de la gran variedad y del verdadero va-

riedad y del verdadero valor de su lírica. Considera como su obra dominante la trilogía histórica: La muerte de Iván el Terrible, El czar Feódor Ioánovich y Boris Gedunov; y tiene razón, ya que, en aquel dominio del drama histórico, Púshkin fué único autor ruso que le superó.

La muerte de Iván el Terrible, además de su colorido relevante y de su vigoroso idioma, se distingue por su arquitectura y concordancia extraordinaria de detalles en el desarrollo de la acción. Los gestos y las réplicas se encaminan todos, desde el principio del drama, en el título de la pieza, preparando al espectador a la muerte del temible czar. Al mismo tiempo cada escena pinta algún rasgo suyo, de modo que la personalidad de Iván Vasievich aparece al fin entera.

Pero la trilogía llega a su cumbre artística con el segundo drama, El czar Feódor Ioánovich. El arte con que está pintada la figura del hijo ingenuo de Iván el Terrible se explica, tal vez, por el parentesco de anhelos espirituales que unen al autor con su personaje. La psicología del hombre altamente colocado que quiere evitar el brillo exterior y encerrarse en sí mismo para cuidar su propio desarrollo y gozar de su vida espiritual íntima es tan cercana, tan simpática al autor que Tolstoy, con una rara independencia artística, hizo del czar Feódor, algo despreciado por la historia, una figura de gran relieve; Tolstoy comprobó que su héroe no era un hombre sencillo, de razón dé-

bil, sino un hombre que poseía una fuente inagotable de noble iniciativa espiritual y una fuerza moral capaz de estallar como un relámpago.

Puede parecer extraño que, ni la alta situación de Tolstoy en el mundo, ni su amistad con el czar, pudieran preservar a su trilogía del veto de la censura teatral. Tolstoy murió en 1875 sin haber visto su trilogía representada. La censura cambió de parecer sólo a fines del siglo XIX, cuando la obra de Tolstoy hizo una jira triunfal por los teatros de los centros culturales de Rusia y aun del extranjero, alcanzando en Viena y Berlín un éxito estruendoso.

Por interesantes que sean aquellas obras dramáticas, su gran popularidad Alejo Tolstoy la alcanzó con su novela histórica *Kniáz Serébriany*, libro preferido de la juventud rusa. Es una novela de la época de Iván el Terrible, que Tolstoy estudió en sus menores detalles, describiendo la vida de aquel entonces con una precisión meticulosa. Es forma es un tanto esquemática y los personajes, salvo el czar Iván, recuerdan a los héroes épicos de las canciones populares, pero la viveza de la acción y su desarrollo lógico e inevitable, apasionan a los lectores, mientras que la entereza épica de los personajes centrales graba sus imágenes en la memoria de la juventud para siempre.

El grupo de poetas de tendencias sociales: Nekrásov, Nikítin, Plestchéev. —Entre los poetas del llanto social, Nekrásov es el

más caracterizado por sus tendencias teóricas y el más discutido por la realización práctica de los ideales celebrados.

Nicolás Alexéevich Nekrásov nació en 1821. Pertenecía a una familia noble, pero arruinada. Su padre, como la mayoría de los nobles rusos, se consagró a la la carrera militar, pero los doce hijos que le nacieron le obligaron a abandonar el servicio militar y aceptar el cargo de «isprávník», jefe de la policía rural de un distrito de gobernación de Yarosláv, donde se conservó el último pedazo de tierra de su propiedad. La policía rural tenía por función «conservar el orden», según la expresión oficial, es decir, mantener a los siervos de gleba en la obediencia a sus propietarios. Es fácil de imaginarse las escenas que los doce niños del «isprávník» presenciaban a diario en el corral de la casa paterna.

Nekrásov tenía 15 años, cuando sus relaciones con la familia fueron cortadas. Su padre le mandó a San Petersburgo para que entrase en la Escuela Militar y el hijo prefirió la Universidad. Por tal desobediencia fué privado de cualquier ayuda. «Durante tres años, cuenta Nekrásov, yo sentía hambre todos los días». Para comer tuvo que dar clases y junto con los estudios entregarse a la labor literaria, para la cual tenía una predisposición marcada. Las duras pruebas que atravesó le quebrantaron la salud, pero, al mismo tiempo, le afirmaron el carácter, templando su energía y su resistencia para la lucha por la vida,

desarrollando también un sentido práctico que, más tarde, entristecía a sus amigos y admiradores. Su perseverancia tenía que ser grande, ya que, apenas cumplidos los veinte años, logró entrar en la mejor revista de aquella época, en *Otchéstvennia Zapiski*, donde el papel principal pertenecía a Biélinisky. El célebre crítico tuvo una influencia decisiva sobre su desarrollo artístico, fijando definitivamente el círculo de sus simpatías y de sus anhelos literarios. Más tarde, Nekrásov se recordaba de Biélinisky como de su «maestro» y se reconocía su obligado.

Aprovechando sus relaciones y amistades, Nekrásov editó, en 1845-1846, dos colecciones literarias, las cuales, acompañadas por críticas elogiosas de Biélinisky, tuvieron un éxito rotundo. El año siguiente, en compañía del editor Panáev, Nekrásov compra el derecho de edición de la revista *Sovreménnik*, fundada por Púshkin y, en dos años, se hace rico. La raíz de esta riqueza parecía tan inexplicable que muchos de sus amigos le abandonaron. A pesar de eso, Nekrásov supo juntar alrededor de sus ediciones a los mejores escritores de la época, como Dostoiewsky, Turguenev, Grigoróvich, Hértzen, etc. Al mismo tiempo su propia poesía llegaba a su pleno florecimiento, y con ello su popularidad entre la juventud intelectual.

La razón de su éxito hay que buscarla en el atrevimiento con que Nekrásov escribía sus poesías, tocando siempre a las plagas más sensibles de la vida rusa, y en la fuerza de la risa satírica que el poeta supo usar

en sus obras. Eligiendo, como tema básico de su poesía, la compasión al pueblo, a sus sufrimientos, Nekrásov cayó en la gracia de la predisposición dominante de aquella época y, en calidad de «cantor de la desgracia del pueblo», volvió una encarnación viviente de sentimientos y anhelos de la capa intelectual de la sociedad rusa, de la famosa «inteligencia», que se multiplicaba precisamente en este período,

El mismo Nekrásov declara de no haber conocido nunca otra fuente de inspiración que la indignación. En la actualidad que le rodea, Nekrásov ve solamente sus aspectos sombríos: la maldad, la violencia, el sufrimiento; su musa es una «musa de venganza y de tristeza». Sus admiradores estaban convencidos de que en la base de su indignación yace un cariño cálido para los «ofendidos y humillados», pero sus detractores estaban no menos convencidos de que sus sentimientos eran fingidos.

Sea como fuese, cierto es que, en más de una de sus poesías, Nekrásov se lamenta del desacuerdo que hay entre su actividad poética y su actividad práctica. Durante toda su vida de poeta vivió de una sola idea: de la emancipación de los siervos, y cuando ésta se realizó en 1861, Nekrásov celebró la nueva era con ocho dísticos y luego, como si nada hubiera sucedido, continuó a fulminar, llorar y lamentarse por un mal que no existía más... Nekrásov murió en 1877.

Es interesante de anotar que, mientras Púshkin estaba seguro de quedarse para siempre en la memoria

popular, Nekrásov, el «llorador de la desgracia del pueblo», escribía: «no me adulo con la esperanza de que algo de mis versos quedará en la memoria del pueblo...»

Esperamos que el poeta se haya mostrado demasiado modesto y que algo quedará, ya que, apartando sus tendencias sociales, por ahora sin interés y fin práctico, todos los críticos reconocen que Nekrásov escribió poesías admirables, como por ejemplo, *Moro z, krásn y nos*, una descripción admirable del invierno ruso, hecha con una maestría que le asegura un puesto de honor en todas las crestomatías de literatura rusa.

Nikítin (1826-1861) — Iván Sávich Nikítin procedía de la misma clase social que Koltzów, pero su ambiente era algo más culto, ya que sus padres tenían parientes clérigos. En vísperas de la guerra de Crimea, en 1853, salió a luz su poema patriótico *Rusia*, que llamó la atención sobre el joven poeta, y le valió la protección del conde D. N. Tolstoy, el cual editó una colección de sus poesías que pintan en colores sombríos la existencia de la gente humilde, sin alcanzar la fuerza de descripción de Koltzów, ni la audacia de Nekrásov. Su reputación de gran poeta, Nikítin la debe a su poema *Kulák*, (5) publi-

(5) *Kulák*, quiere decir, puño. En el campo ruso se llaman así los usuarios rurales salidos de las filas de los mismos campesinos; y, por extensión, en general, cualquier campesino rico que aprovecha su situación para estrujar a sus parroquianos.

cado en 1858 que, bajo una forma poética admirable, revela un conocimiento profundo del ambiente rural ruso. La tuberculosis le llevó a la tumba a los 37 años de edad.

Plestchéev (1825-1896).—A. N. Plestchéev era compañero de Dostoiewsky en la vida y en el caldoso. Fué él a quien Dostoiewsky abrazó despidiéndose de la vida, al oír el fallo de muerte, leído bajo la horca a los acusados del proceso de Petrashévsky. El destierro a Siberia interrumpió su carrera literaria a los 24 años. Ni él, ni los demás poetas del llanto social, salvo Nekrázov, alcanzaron un éxito duradero. La razón está en la frialdad con que el público ruso recibe las obras literarias tendenciosas, aun cuando la tendencia corresponde a su modo de pensar y a sus ideales más caros.